

## EXPOSICIONES EN LA BIBLIOTECA

### DIBUJOS DE JULIO CASTILLO

Escribe: CLEMENTE AIRO

En pintura sabemos que los colores están directamente enterañando a la *forma*. Los colores nos dan así la impresión emotiva de la *forma* que posee el cuadro. Un cuadro es ante todo —se ha repetido— una superficie *debidamente* coloreada. ¿Se puede pensar entonces en un cuadro sin color, en una superficie donde el artista tan solo ha puesto una *forma*? Este es, precisamente el caso de los dibujos de pintores y de los expuestos recientemente, en la Biblioteca Luis-Angel Arango, por Julio Castillo.

¿Son meramente dibujos?, entendiendo aquí la palabra dibujo como la disciplina que posee todo pintor. Sabemos que generalmente el pintor dibuja para componer la *forma*, dando luego a la forma expresión mediante el color. Procedimiento que puede inclusive aplicarse a la pintura tachista, ya que dentro de todo aparente desorden impera un orden, un equilibrio, una medida. El dibujo es, en el pintor, el directamente encargado de esta ordenación de elementos, constituye la primera indispensable herramienta a disposición del artista. En todas las escuelas de Bellas Artes, el dibujo posee una básica importancia.

Por esto no es raro que al dibujo se le tome como un mero adiestramiento, como una pericia que hácese necesario dominar, y que a veces se lucha contra su tiranía. Pero no es menos cierto que el dibujo en sí puede llegar a la posesión de un completo lenguaje, de toda una voluntad de expresión. Puede llegar a ser una obra completa.

Conocemos el dibujo dedicado a la ilustración. Se han logrado obras perennes en este género menor (recordemos los aciertos de Gustavo Doré para la Divina Comedia, o los de Dalí para el Quijote), pero si nos situamos en una exigencia máxima de calidades, estas obras ilustrativas, pese a la perfección que podamos encontrar en sus ejecuciones, están directamente sostenidas por la literatura que ilustran. No son, en sí, no se defienden por sí mismas, como sucede con una obra de arte plástica.

En la historia de la pintura, podemos encontrarnos con numerosos ejemplos de pintores que realizan obras perfectas con el mero recurso del

dibujo. Ellos, en virtud del manejo de la línea logran una *forma*, consiguen cuadros donde el color no existe, donde esa forma contiene su completo lenguaje mediante la acción vibrátil lineal. A veces, esta vibración es ampliada, complementada, con difuminados y manchas, como efectos necesarios para la coloratura de ese lenguaje.

A grandes rasgos, podría decirse que para lograr un cuadro sin color, con el solo empuje lineal, hácese necesario que el artista sea un experimentado pintor. Se necesita que él sienta y comprenda todo el juego emotivo que desarrollaría el color en su obra solamente dibujada, y lo sustituya por la inmanencia expresiva de la línea, la cual hará sentir al espectador, asimismo, todo el color que falta, que no hay, que el pintor ha omitido como una demostración de poderío artístico.

Si miramos atentamente estos dibujos de Castillo, si los observamos en sus valores, en su lenguaje, tendremos la impresión de que estamos ante verdaderos cuadros. "Niña en Domingo", "Niño con Jaulas", "Hombre y Bodegón", por ejemplo, no son meros dibujos, ni bocetos, ni ejercicios, ni ilustraciones. Son cuadros en sangre y blanco.

Castillo en estos dibujos se vale de una técnica depurada. Exhibe el ejercicio pleno de su herramienta. Son sus trabajos ejecutados al pincel o lápiz de fieltro, ayudado por efectos de difuminado tonal y de manchas como brochazos, así como de fondos estilo pergamino, totales o parciales, modelados, con una limpieza del trazado que hace pensar en minuciosos estudios previos, con una línea cargada de expresión, ya sutil, ya firme, ya áspera y doble, o resaltada aquí y allá con afirmaciones, con acentos precisos. Elementos técnicos, todos ellos, que nos denuncian al pintor realizando cuadros sin color, pero con todas las equivalencias del color estudiadas y meditadas. Prurito técnico, observación rigurosa que, indudablemente, restan impulsos, menguan un tanto al vigor.

Por todo lo que llevamos anotado, es indudable que Julio Castillo, exhibe en esta colección de dibujos las características personales de su arte. Las mismas que le han distinguido como un buen pintor. Son ellas, gusto sublimado y estudiado pero sin extremos de ninguna clase. Comprensión del papel que juegan los detalles, ya sean estos los efectos determinados de una mancha de color o los rasgos de un ojo, de una mano, de un escorzo. Poesía de una temática que siempre bordea peligrosamente la alegoría, pero que nunca cae en ella, que logra el encuentro del símbolo. Temática —es necesario aclararlo— que no es empleada superlativamente, sino derivada hacia el predominio de un clima de sugerencias, al lenguaje voluntario de Castillo. Así, en esta colección de dibujos, la temática, su hálito poético, sugerente, aparece constante, repetida, enlazada. Cada dibujo vale en sí, solo, pero a la vez todos los dibujos de la colección se complementan, se ayudan para producir el impacto único en la mente del espectador. Por eso es difícil referirnos a una temática precisa, dada, en cada dibujo. No, no hay aquí rasgo alguno de pura ilustración. No asoma el tan predominante espíritu literario que ayuda y sostiene a la ilustración. Simplemente poseen una determinada carga lírica, un gusto de refrenados ímpetus, delicado, característico de toda la obra figurativa de Julio Castillo.

Resumiendo, podríamos señalar que Castillo en sus dibujos sigue fiel a su trayectoria artística, que el gusto y el hábito sugerente, poético, constituye su lenguaje, y que la técnica, observada en todo su rigor, nos resulta tan perfecta como las que emplearon maestros famosos. Asimismo, esa habilidad técnica —toda técnica implica una habilidad— refrena al lenguaje, lo supedita, lo acondiciona. Es fácil notar —para mayor aclaración— que asoma muchas veces cierta inclinación dramática (recordemos “Mujer con Peluca”, “Mujeres en Teatro”, verbigracia), pero ella, este deseo de profundizar en el tema, no trasciende los linderos de la ligereza interpretativa, queda rebasada por la exigencia formal, por la imposición de lo plástico entendido con un quizá excesivo rigor académico. Es por ello que se sienten estos dibujos refrenados, sin un calor que muy bien hubieran podido tener a poco que Castillo se hubiera permitido ciertas libertades, liberar su impulso, tolerar ciertas incorrecciones —el acierto de una incorrección es propio del creador—. Su lenguaje, es, por sobre todo, soñador, intrascendente, sencillo y amable, inclinado a la comunicación, al mensaje, pero *solamente inclinado*. ¿Podremos ver en esto una falla?... Difícil contestar. Para nuestra predilección preferiríamos un Castillo más decidido, pero bien pueda suceder que esta falta de atrevimiento que señalamos en su lenguaje, obedezca a una elección consciente.

En estos cuadros sin color, en estos dibujos cargados de técnica, de buen gusto, de emotividad lírica y comedido lenguaje, parece ser que el diseño de Julio Castillo, es tan solo hablarnos que la mano ha escapado a un mero virtuosismo, a la decoración, a los preciosismos y delicadezas vacuas, que jamás se ha pensado aquí en la ilustración, pero que a la vez se evita el grito, el impulso. Se desea que el mensaje vaya implícito en un perfecto y mero vibrar de la línea ayudada por el difuminado y la mancha.

Constituyen estos dibujos —nos inclinamos a creer—, casi exclusivamente, un perfecto logro, una depuración exigente y un tanto académica de la fórmula emocional propia de Castillo, una armonía que recrea y limpia esa misma emoción. Son un medio por el cual el artista ha refrenado sus propios sueños a la vez que los ha generalizado y definido.